

# REFLEXIONES

---



## LA CONTEMPLACION EN LA ACCION DE LA JUSTICIA

*Ignacio Ellacuria, S.J.*

*Esta reflexión forma parte del curso "FE Y JUSTICIA" dictado por el P. Ellacuria en el CRT de San Salvador. El curso completo ha sido publicado en folleto mimeografiado por el mismo CRT.*

Apelando a una fórmula clásica de la espiritualidad ignaciana, pero determinando su estructura puramente formal proponemos la solución teórica y práctica para dar explicación de la unidad de fe y justicia: una contemplación, no en cualquier acción, ni menos de cualquier acción, sino una contemplación -cuyo sentido habrá de determinarse- en la acción por la justicia sería el modo cristiano de acceder a Dios y de traer a Dios a los hombres.

### 1. Insuficiencia del esquema "Contemplata aliis tradere".

Este planteamiento rechaza como insuficiente y desvia do el esquema del "contemplata aliis tradere. No pretende-

mos dar aquí sentido histórico de este esquema, ni siquiera una interpretación que podría salvarla de sus desviaciones. Más bien lo tomamos como un extremo que debe ser evitado y como punto de referencia negativo para mostrar lo que de positivo tiene el esquema opuesto.

El esquema "contemplata aliis tradere" implica filosóficamente no sólo una prioridad de la teoría sobre la praxis, sino una estricta separación. Aun en el caso de que la contemplación se entendiera no como un fenómeno puramente interior de relación del hombre con Dios sino como un fenómeno que tiene en cuenta la historia de la salvación, sería un fenómeno que ignoraría el poder cognoscitivo de la praxis. Hay en esta concepción un desconocimiento no sólo de la circularidad teoría-praxis, sino una separación, que supone la posibilidad de alcanzar en el saber una plenitud autónoma por el solo ejercicio teórico y contemplativo; parecería que la contemplación ya lo tiene todo y que lo único que se necesita es comunicar la plenitud ya tenida.

Cristiana y teológicamente este esquema ignora el carácter histórico y práctico de la revelación. La revelación se da en una acción histórica y sólo es debidamente asimilable en una acción histórica; no se trata primordialmente de verdades eternas, sino de intervenciones históricas y no se trata de una recepción pasiva, sino de una acogida; de una salida al encuentro por parte del hombre entero. Esta acción histórica es una acción efectiva sobre la realidad histórica, que tiene en sí misma un momento de contemplación en cuanto trata de percatarse de lo que se da en la realidad y del sentido de eso que se da en la realidad, pero la contemplación no es sino un momento de esa acción. Por otro lado, al poner a los "otros" (contemplata aliis tradere) como un puro destinatario de lo que yo he contemplado como si ellos mismos no fueran principio activo de revelación, principio activo de contemplación, es un error de principio, que ignora el lugar bíblico que representan los otros para que la contemplación sea cristiana. Los otros, sobre todo si son los oprimidos, son ya en sí el sacramen-

to de Cristo, el cuerpo histórico de Cristo, la historia de su divinidad crucificada; pero no lo son de modo estático y simbólico, sino que lo son en su concreta situación real, en sus angustias y sufrimientos, en sus luchas de liberación. Son ellos el lugar donde debe darse la contemplación, pero no tomándoles como objeto de la misma, sino como realidad que se apodera de uno mismo y le obliga a compartir su marcha histórica y sus problemas personales. Se requiere, por tanto, una inmersión en lo que son y en lo que hacen; es decir, todo lo contrario de tomarles como receptores pasivos de algo que ya poseo con independencia de ellos y que generosamente les transmito.

Ver, por tanto, en el esquema "contemplata aliis tradere" el principio de solución en el problema de fe y justicia, es un error. No se tiene de antemano la fe, por medio de la contemplación y después se transmite esa fe para que los recipientes la conviertan en obras, sino que la "obra de la fe" es, ante todo, obra histórica conteniendo el elemento esencial de fe.

## 2.- Contemplación en la acción de la justicia.

El esquema de la contemplación en la acción de la justicia responde mucho mejor a lo que nos muestra la historia de la salvación.

La contemplación en la acción de la justicia pretende ser la respuesta operativa a la unidad diferenciada en que deben quedar subsumidas fe y justicia, que es la unidad misma de la historia de la salvación. Contemplación y acción no se entienden, por tanto, aquí como dos actividades separadas -cualesquiera sean los mecanismos con los que se realicen- sino como una unidad, en que el elemento -acción sería aquella acción o conjunto de acciones que llevan a desterrar la injusticia de este mundo tanto en sus estructuras como en el corazón del hombre; mientras que el elemento -contemplación sería aquella acción o conjunto de acciones, que iluminasen desde la fe esa lucha real por la justicia, que descubriese cómo y bajo qué condiciones se hace presente Dios Salvador, la salvación de Dios, en la lucha por la

justicia. No se trata tanto del encontrar a Dios en todas las cosas, como si Dios estuviese de la misma forma en todas las cosas o estuviese en ellas del mismo modo; evidentemente, no está Dios del mismo modo en el Partenon de Atenas que en Jesús de Nazaret, y no está Dios del mismo modo en la dominación que en la opresión, por mucho que se haya predicado la presencia de Dios en las autoridades "legítimamente" constituidas. Se trata de encontrar al verdadero Dios de una forma real. La Escritura nos muestra que son dos cosas distintas el Dios verdadero y el encuentro verdadero con Dios; no basta con el "reconocimiento" de aquél para que se dé éste.

Consecuentemente, la contemplación, esto es, el momento de la fe, no será verdadera, si la acción en la que se realiza, no es la exigida realmente por el seguimiento histórico del Jesús histórico. Paralelamente, la acción no sería una verdadera acción liberadora, una acción en la que realmente se hace presente el Dios liberador, si no es capaz de que se descubra en ella la plenitud de la fe cristiana. La verdad de la contemplación está en la acción, pero sólo será verdaderamente cristiana aquella acción que puede mostrar en sí misma la plenitud de la salvación anunciada por Jesús. Dicho en otros términos, no hay salvación de la historia sin el aporte de la historia de la salvación pero, a su vez, la historia de la salvación no es realmente tal si no realiza en la historia lo que dice ser: Jesús no es Salvador, si no salva, Jesús no ha resucitado para los hombres si no vive entre los hombres y no vive entre ellos como resucitado.

Sin la fe el cristiano no pueda dar razón de su esperanza en la acción de la lucha por la justicia; sin la fe la lucha por la justicia no es suficiente lucha ni es suficiente lucha por la justicia. La fe es como la luz, gracias a la cual se hace plenamente transparente y reconocible lo que es signo real de Dios, presencia revelante de Dios; pero esta presencia, de por sí luminosa, no actualiza su luminosidad sino en la fe. También Jesús era para los judíos luz, pero luz que no les iluminaba porque no establecían con él la relación adecuada, la relación de las

obras justas. Pero a su vez, la luz no sería realmente luz de Dios, si no se proyectara efectivamente sobre aquella realidad donde está el Dios que se nos ha revelado en el Jesús histórico. Como decía Ireneo, Jesucristo es salvador por ser Hijo de Dios, pero es salvación porque se ha hecho carne histórica... Se ha hecho carne en la historia y por eso es la acción histórica, en nuestro caso, la acción por la justicia la que significa y realiza la salvación, una acción que si la contemplamos en la fe hará que en ella encontremos, anunciemos y celebremos al Señor, un Señor que es tanto Señor de la historia como Señor de la Fe.

¿Empobrece esta consideración la plenitud salvífica del cristianismo?. ¿Reduce el aporte de la Fe?

Si por justicia se entiende una pura lucha destructiva de estructuras injustas o un mero combate de clases, etc., es indudable que la salvación cristiana trasciende con mucho esas limitaciones. Pero si por justicia se entiende, como se ha hecho en este trabajo, la acción histórica concreta que debe tomarse movidos por el amor cristiano y como forma histórica del amor cristiano en un mundo de pecado tanto estructural como personal, entonces no hay empobrecimiento del mensaje cristiano. Se trata de una acción histórica, cuya plenitud lo abarca todo, aunque desde un determinado ángulo histórico. Consecuentemente, no queda reducido el aporte de la fe: la fe es la visión y la fuerza cristiana que surgen de e impulsan a la adecuada acción histórica, donde esa acción histórica incluye ya la presencia en ella del mensaje de la revelación. Habrá un avance en la fe a medida que hay un avance en la acción contemplada; habrá un avance en la acción a medida que la contemplación de ella sea más creyente.

Pero, aunque se reconozca la importancia histórica permanente del planteamiento de la acción cristiana en términos de justicia y se estime lo que significa el que la biblia le haya dado tanta riqueza de matices, no quiere decir que para siempre y en todos los lugares vaya a ser la "lucha por la justicia" el mejor signo histórico

de la plenitud de la salvación. Estamos haciendo teología histórica y no podemos caer en la inconsecuencia de parar la historia y de hacerla unívocamente significativa. Pero también hay que advertir del peligro histórico de quienes hacen de la objeción reduccionista una postura interesada e ideologizada.

Si hemos insistido en la necesidad de la acción por la justicia, hay que insistir también en las condiciones requeridas para que haya una verdadera contemplación. La primera, evidentemente, es que sea de la justa acción por la justicia. No quita esto que haya un proceso ni tampoco que se dé por evidente cuál deba ser en cada caso la mejor acción por la justicia o la más apropiada al estado y el carisma de cada cual. Debe haber también aquí una división del trabajo y no debe darse por demasiado evidente que la participación de una palabra cristiana comprometida no sea la forma más eficaz de que un sacerdote participe en la acción por la justicia. Por otro lado, se puede comenzar por una acción que realmente sea acción seria por la justicia y luego, en intercambio con la fe, ir profundizando en ella para tener una mayor captación de la fe y así sucesivamente.

### 3.- Características de esta contemplación.

Aceptado este arranque fundamental, pueden verse en la contemplación en la acción de la justicia al menos cuatro características.

La primera, que se reconozca un inicial movimiento de Dios presente en la historia de la salvación y que, consecuentemente, se quiera encontrar a este Dios presente, no por el mero capricho de encontrarlo sino por la aceptación consciente de que sin El no hay salvación. Este reconocimiento de la prioridad real y del carácter siempre mayor de Dios es prerequisite si no de la acción misma, sí de la contemplación en la acción. No aceptar esto, desviar a los cristianos de este planteamiento para inclinarlos a una pura acción política por la justicia, es un desviacionismo cristiano. La lucha por la justicia no será nunca una des-

viación, la lucha política o politizada por la justicia puede serlo, si toma un carácter de absoluto sustitutivo. La aceptación de un Dios que se ha dado en la creación, en la revelación y en la propia vocación, es condición indispensable para la contemplación.

La segunda, que se busque una permanente conversión como respuesta a la llamada de Dios. Ciertamente una acción comprometida por la justicia es de por sí un elemento que prueba la conversión y que, a su vez, va ahondando esa conversión. Pero la conversión es un proceso siempre inacabado. Esa conversión es a Dios en el que sufre la injusticia y al que sufre la injusticia en Dios; los dos momentos son esenciales y se remiten mutuamente. Siempre recordando que no hay conversión a Dios si no hay conversión al oprimido. Es también una conversión de los propios pecados, del propio pecado. Sin esta conversión ni la acción será adecuada, aunque se la suponga adecuada desde una perspectiva puramente técnico-política, ni será posible la contemplación. Ya el escuchar la voz de la llamada a una lucha por la justicia desde la fe y comenzar el seguimiento es en sí mismo conversión. Pero esa voz debe seguirse y debe llevar a una acción de anuncio del Reino y de lucha contra el pecado. Es un proceso circular que se va alimentando en el paso de un extremo al otro; el pecado se descubre desde el Reino de Dios y el Reino de Dios se va enriqueciendo y concretando históricamente desde la lucha contra el pecado.

La tercera, supone una efectiva intervención en el curso de la historia humana, porque lo que se contempla no es la naturaleza ni siquiera la historia que hacen los otros, sino la historia en la que uno está inmerso y la historia que uno va haciendo en su lucha por la justicia. Sólo en la inserción activa, práxica en una situación hay posibilidades de una contemplación adecuada. La contemplación -lo hemos repetido hasta la saciedad- debe serlo en la acción y, si esta falla, no hay lugar para la contemplación. Que esta acción no tiene que ser de un sólo tipo, es claro, aunque también es claro que no cualquier acción que se dice por la justicia, es realmente la que se ha de hacer. Este planteamiento no supone ni siquiera la negación de la po-

sibilidad de los contemplativos puros, pero no porque éstos intervengan en la historia a través de sus oraciones por la humanidad; su intervención podrá ser especial, pero no por ello debe dejar de ser histórica. La historia de los grandes contemplativos muestra cómo es bien factible su intervención real en el curso de la vida de los hombres.

La cuarta, supone una auténtica contemplación, esto es, algo que sea contemplación, pero que sea auténtica. Para que la contemplación sea auténtica se necesita todo lo que San Ignacio pone en los Ejercicios espirituales, antes de proponer su contemplación para alcanzar amor. No hay contemplación cristiana sin las tres primeras semanas, sin dejar el pecado, el mundo, las propias pasiones e intereses, etc.

Pero debe haber también contemplación, esto es, ejercicio explícito de fe y proclamación y celebración explícita de la fe. La acción por la justicia no es un "ex opere operato" que sin más cause la fe; puede convertirse en un mecanismo como la recepción rutinaria de los sacramentos. Es cierto que los pobres y los oprimidos son en sí lugar privilegiado de la presencia de Dios; pero esto no significa que lo sean sin más también para mí; el "en sí" pasa al "para mí" precisamente en el ejercicio de la fe.

### CONCLUSION

Tenemos así que la contemplación en la acción de la justicia puede ser la praxis y la espiritualidad adecuada de quien unifica y no separa lo que de por sí está unido: la fe y la justicia.

Queda por resolver de qué formas prácticas puede hacerse y anunciarse esta contemplación, ese momento de fe en la acción histórica. Queda también por mostrar qué mediaciones son las adecuadas para realizar la justicia en el mundo.